

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARÍA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 805

Alicante 15 de Mayo de 1886.

Año XVII.

FLORES DE MAYO.

LA ESTRELLA.

Orietur stella ex Jacob.

NUM., XXIV, 17.

De Jacob nacerá una Estrella, clamaba Balaam alborozado, viendo en espíritu á María, la futura madre del Mesías. Por eso, los maestros de la Sinagoga llamaron antiguamente á Jesucristo «el Hijo de la Estrella.»

Estrella es María, porque es Virgen y Madre: Virgen sin detrimento de su maternal fecundidad; y Madre sin mengua de su virginal candor. «Ni el rayo de la Estrella, observa San Bernardo, disminuye su claridad; ni el Hijo de la Virgen su integridad.»

Estrella es María, porque es Madre de la Luz.

La Estrella da de sí luz al mun-

do; María dió de sí al mundo un Hijo que es Luz. Luz que, como la de la Estrella, es fija é inalterable; *illumina á todo hombre que viene á este mundo; y brilla en las tinieblas.* Por eso de María canta la Iglesia: *Dió al mundo la Luz eterna á Jesucristo Señor Nuestro.*

Estrella es María porque es grande y parece pequeña. La Estrella aparece á nuestros ojos un punto luminoso flotando en la inmensidad de los espacios, desde donde nos envia su luz, clara y serena; y, sin embargo, todos los adelantos de las ciencias han sido impotentes para medir su inconmensurable grandeza, ni para apreciar los torrentes, los mares de luz que lanza de su seno. Así María Santísima es pequeña en apariencia, y grande en realidad. Ofrece á los ojos un resplandor tranquilo y suave: pero todo el inextinguible foco de la Divinidad arde en su seno.

Estrella es María, porque luce de noche. Cuando las tinieblas extienden por el mundo sus negras sombras; cuando un secreto horror se apodera de los mortales: entonces aparece la Estrella, risueña y tranquila, alegrando con su vista los corazones. En medio de la pavorosa noche en que el mundo vivía envuelto, apareció María para consuelo de la humanidad. En la triste noche de la desgracia, en la tempestuosa noche de la culpa, es cuando María Santísima brilla y resplandece con más hermosa claridad, infundiendo consuelo á los desgraciados, y convidando con la salvacion á los pecadores.

Estrella es Maria, porque es amiga del navegante. La estrella guía al marino en sus peligrosos derroteros, le acompaña en las eternas noches de vigilia, cuando navega perdido en la inmensidad de los mares; le aparece como un faro de esperanza entre los pavorosos nublados que cubren las noches de tormenta; y, al fin, le conduce sano y salvo al deseado puerto. Así Maria nos guía por el mar del mundo; nos acompaña cuando todo nos abandona; nos infunde alientos en la hora del peligro, y nos conduce felizmente á la venturosa patria, por la cual suspiramos.

Estrella es Maria, porque, como la Estrella, brilla y campea con rayos de dulce claridad, de amigable

resplandor, que incitan á contemplarla, á amarla, á seguirla. Todos y cada uno de sus ejemplos son rayos de luz, tan pura como amable, tan serena como suave, que ejercen sobre nosotros sus vivos y benéficos influjos.

Estrella del mar significa el nombre de *Maria*. Por eso dice el melifluo Bernardo; «Si se levantan los vientos de la tentacion, si te rodean escollos de tribulaciones, mira la Estrella, invoca á Maria.»

Mariano.

COMENTARIO Á LA ENCICLICA

«IMMORTALE DEI.»

V.

LA SOCIEDAD CIVIL Y LA RELIGION

(Continuacion.)

No es preciso poner aquí de realce la posibilidad de un milagro, es decir, de un hecho que sobrepuja las leyes y las fuerzas de la naturaleza, el cual por lo tanto es un efecto sin causa de la misma naturaleza, te- niéndola en su virtud inmediatamente de Dios, repugnando en absoluto que haya efecto sin su motivo proporcionado. Aquí basta recordar que, como no puede darse argumento de razon que destruya un hecho, segun el adagio: *contra factum non*

valet argumentum, no cabe tampoco un hecho contrario á veraz argumento de razon.

Para el verdadero filósofo es claro que una fuerza mayor puede vencer á otra menor, y que una fuerza que sobrepuja todas las de la naturaleza, se podrá fácilmente oponer á cualquiera de las mismas, vencéndola. Dirá el filósofo que así como el hombre puede arrojar una piedra hácia el cielo, contra la ley de la gravedad, Dios puede con su potencia tener en suspenso, á modo de muralla, las aguas del Eritreo, abriendo así vía para un ejército; ó que así como el hombre puede con suma facilidad impedir con su mano que los rayos del sol hieran su pupila, puede Dios con su fuerza detener los rayos solares de manera que, sereno el cielo, en plena luna, surja para los hombres un eclipse tenebroso en medio del dia, como en la muerte del Redentor.

Cuando Dios, que no puede mentir ni errar, quiere robustecer con milagros la verdad de la doctrina ó la santidad de una persona, será la confirmación á manera de un sello de autoridad infinita, como es de grande autoridad, aun entre los hombres, la confirmación de hombre sabio, y verdaderamente bueno.

No ignoramos que sobre todo en nuestros dias, niegan tales principios algunos á los cuales indebidamente llaman doctos; y rechazándo-

los con atrevida ceremonia, los llaman anticuados. Mas siendo evidéntísimos, al proceder así demuestran que son de mente pobre, si no conocen su verdad, ó inícuos, si conociéndola niegan que la conocen y los rechazan.

Supuestas tales premisas, entre las verdades evidéntísimamente demostradas en filosofía y confirmadas con el testimonio de las siglos, hállese la existencia de Dios, perfectísimo en su ser, creador de todo. El *fiat* bíblico es tambien un postulado de la razon humana; la primera página del *Génesis* es una página que puede y debe transcribir tambien todo filósofo profundo, según demostramos ya en otro trabajo (1). Por todo esto, la existencia de Dios creador debe considerarse, no solamente un hecho, sino, en el orden ontológico, el primer y principalísimo hecho, debiéndose admitir en su virtud todas las consecuencias que brotan relativamente al culto que deben rendir á Dios el individuo y la sociedad. Por este escribe sabiamente Leon:

«Así fundada y constituida la sociedad política, manifiesto es que ha de cumplir por medio del culto público las muchas y relevantes obligaciones que la unen con Dios. La razon y la naturaleza, que man-

(1) Tratado de la existencia de Dios, impreso despues aparte.

da á cada uno de los hombres dar culto á Dios piadosa y santamente, porque estamos bajo su poder, y de Él hemos salido y á Él hemos de volver, estrecha con la misma ley á la comunidad civil. Los hombres no están ménos sujetos al poder de Dios unidos en sociedad que cada una de por sí; ni está la sociedad ménos obligada que los particulares á dar gracias al Supremo Hacedor que la formó y compaginó, que pródigo la conserva y benéfico le prodiga innumerable copia de dádivas y afluencia de haberes inestimables. Por esta razon, así como no es lícito descuidar los propios deberes para con Dios, y el primero de estos es profesar de palabra y de obra, no la religión que á cada uno acomoda, sino la que Dios manda, y consta por argumentos ciertos é irrecusables ser la única verdadera, de la misma suerte no pueden las sociedades políticas obrar en conciencia, como si Dios no existiese; ni volver la espalda á la religión, como si les fuese extraña; ni mirarla con esquividad ni desdeñar como inútil y embarazosa; ni, en fin, otorgar indiferentemente carta de vecindad á los varios cultos; antes bien, y por lo contrario, tiene el Estado político obligación de admitir enteramente, y abiertamente profesar, aquella ley y prácticas del culto divino que el mismo Dios ha demostrado que quiere.

»Honren, pues, como á sagrado

los príncipes el santo nombre de Dios, y entre sus primeros y más gratos deberes cuenten el de favorecer con benevolencia y el de amparar con eficacia á la Religión, poniéndola bajo el resguardo y vigilante autoridad de la ley; ni den paso ni abran la puerta á institución ni á decreto alguno que ceda en su detrimento. Este deber de los Gobiernos nace asimismo del derecho de los ciudadanos, cuyo bien administran; porque, á la verdad, y sin excepcion, los hombres, todos cuantos hemos venido á la luz de este mundo, nos reconocemos naturalmente inclinados y razonablemente movidos á la consecución de un bien final y soberano que, por encima de la fragilidad y brevedad de esta vida, está colocado en los cielos, adonde han de aspirar todos nuestros propósitos y designios.

»Si, pues, de este sumo bien depende el colmo de la dicha ó la perfecta felicidad de los hombres, no habrá quien no vea que su consecución importa tanto á cada uno de los ciudadanos, que mayor interés no hay ni es posible. Así que, estando, como está, naturalmente instituida la sociedad civil para la prosperidad de la cosa pública, preciso es que no excluya este bien principal y máximo; de donde nacerá que, bien lejos de crear obstáculos, provea oportunamente, cuanto esté de su parte, toda comodidad á los ciudadanos pa-

ra que logren y alcancen aquel bien sumo é incómutable que naturalmente desean. Y ¿qué medio hay cómodo y oportuno de que echar mano con ese intento, que sea tan eficaz y excelente como el de procurar la observancia santa é inviolable de la verdadera religión, cuyo oficio consiste en unir al hombre con Dios?

Este discurso del Padre Santo no sale hasta el presente de los límites del orden natural, afirmando lo que debe ser claro para todos, cual norma natural del hombre y del género humano, aunque la revelación no fuese un hecho, ni hubiera sido elevado al orden sobrenatural. No es el hombre agregación de átomos inertes, como lo sueñan los modernos epicúreos, ni un bruto, capaz sólo de sentir, ordenado únicamente á vivir aquí para propagar la especie, según lo imaginan todos los demás filósofos de las escuelas á la moderna, tan cortos que no saben discernir las ideas y los verbos mentales de los fantasmas y de los instintos que tienen sólo las bestias. El hombre por su esencia sobrepuja en perfección á todas las criaturas terrenas. Estas son ordenadas á él por su naturaleza; él, hollando la tierra con sus piés, levanta la frente al cielo, reconociendo el origen inmediato del alma que lo informa, de Dios, y en Dios su último fin. Con su inteligencia, que es rayo de la inteligencia de Dios, vé espejada en las cria-

turas la verdad, la justicia y la hermosura divina. Por ley natural y eterna encuéntrase ordenado para el amor de Dios en las criaturas, haciéndose con ellas una escala para conseguir su verdadera perfección y su fin, que aquí bajo es servir á Dios su creador, para participar de la dicha después de la muerte. Tal deber es común á todos. Viva el hombre apartado en las selvas, ó viva en sociedad con sus iguales, es esencialmente siervo de Dios, por lo cual debe honrarlo, y ordenar á su servicio su persona y todos los actos de su vida. En esto no hay discrepancia, porque tal deber brota de la esencia humana, igual en el hombre de alto ingenio y en el pobre de saber, en el rico y en el indigente, en el noble y en el plebeyo, en el soberano de corona y en el súbdito. No sólo los individuos en la sociedad tienen las predichas relaciones hacia Dios, sino que la sociedad misma como tal las tiene asimismo, por ser agregado de hombres, que procede de Dios, como antes demostramos y lo indicó sabiamente León. En su virtud, el culto á Dios es un deber aun de la sociedad humana, derivando de su naturaleza.

(Se continuará.)

EL COMPAÑERO DE VIAJE.

Iba solo, á través del rudo sendero de la vida, el virtuoso jóven de corazón puro y tierno, de alma generosa y de enérgica voluntad.

Marchaba con el corazón enternecido, pero ocultando sus lágrimas, puesta su mano sobre el pecho, para contener sus latidos, y no osando volver á mirar la casa que abandonaba, por temor de enternecerse demasiado.

Dejaba en casa su madre, que le había dicho:

—Es preciso partir, hijo mio.... Y dentro de algunos años volverás al lado de tu anciana madre, que te esperará, solitaria, en el hogar de tu infancia, y á la que procurarás el bienestar para sus últimos días.

Yo hubiera querido acompañarte, hijo mio, porque no es bueno al hombre el ir solo, pero no puedo; busca, pues, un amigo que te acompañe en el camino.

La juventud atrae; muchos se presentarán; escoge, hijo mio, y que este compañero sea para tí el ángel que acompañó al inocente Tobías y le devolvió á sus ancianos padres.

—¿Pero á quién escogeré, madre mia, y cuál es el nombre del amigo que usted desea para mí?

Y la madre abrazando por última vez á su hijo, murmuró un nombre

á su oído y repitió varias veces:—
¡El sólo! ¡El sólo, hijo mio!

—Yo os lo prometo, madre mia.

Iba sólo á lo largo del áspero y escabroso camino de la vida el virtuoso jóven.

Y mientras que caminaba pasó ante su vista una sombra luminosa y oyó una voz que le dijo:

—¿Me quieres por compañero de viaje?

—¿Quién eres tú?

—Yo soy la *Gloria*.

—No es este el nombre que mi madre me dijo, sigue tu camino.

Y más lejos un dulce estremecimiento recorrió todo su ser, y una voz atractiva como el canto del pastor del valle se hizo oír:

—¿Me quieres por compañero de viaje?

—¿Cuál es tu nombre?

—Soy el *Placer*.

—Sigue adelante, pues no eres el que mi madre me dijo.

Y yendo adelante, le pareció que sus piés se deslizaban sobre el cesped y que de sus miembros había desaparecido toda fatiga y oyó una voz suave como la brisa de la mañana y dulce como las caricias de una madre.

—¿Me quieres por compañero de camino?

—¿Cómo te llamas?

—La *Afección*.

—No eres tú tampoco quien me dijo mi madre.

Y como venía la noche y el viajero se sentía cada vez más triste á causa del aislamiento de su primera jornada, sintió de repente como un sentimiento de fuerza que le era desconocido y una voz tierna pero enérgica que le decía:

—¿Quieres que sea tu compañero en el viaje?

—Dime quién eres.

—Soy el *Deber*.

—Ven, ven á mí, pues tu nombre es el que mi madre pronunció á mi oído.

Y algunos años después, volvía virtuoso siempre el jóven de corazón puro y tierno, de alma generosa y de enérgica voluntad.

Y traía á su anciana madre, que le esperaba en su hogar solitario, el bienestar para sus últimos dias.

(*Pailletes de ór.*)

OBSERVACIONES

SOBRE PRONUNCIACIÓN LATINA.

III.

Sobre la combinación *ti* seguida de Vocal. en medio de dicción.

Que en la pronunciación de los latinos en la época clásica la *t* sonaba siempre de un modo igual delante de todas las vocales, es cosa averi-

guada. Sólo en los últimos tiempos, siglo v, de decadencia de la lengua latina, y en la pronunciación vulgar, comenzó á sonar *t̃* seguida de vocal, con un sonido silbante semejante al de la *z*, la cual pronunciación pasó luego del vulgo á las personas doctas.

Hoy nosotros la pronunciamos con el mismo sonido que nuestra *c* delante de *i* y otra vocal: la segunda sílaba de *otium* suena idénticamente á la última de *solacium*.

Este paso del sonido dental explosivo, al dental fricativo de *t̃* seguida de vocal, es fenómeno natural determinado por la misma pronunciación, que en el hablar rápido convierte el sonido *t̃* explosivo en fricativo. Por eso esta manera de pronunciar solo puede tener lugar con *t̃* breve, y cuando la dental no vaya reforzada por otra dental fuerte, ora muda ora silbante, *t* ó *s*.

En su consecuencia la *t* debe pronunciarse con su propio sonido explosivo dental 1.º en *totus* genitivo de *totus*, por ser larga la *t̃* que sigue á la *t*, y es bárbara la pronunciación que hace sonar *totus* esta forma, 2.º siempre que á esta letra preceda *t*, *s* ó *x*: *Bruttii*, *ostium*, *mixtio*; 3.º los gramáticos señalan también los infinitivos arcaicos pasivos en *-ier*, como *nitier* por *nite*; *quatier* por *quati*. (1).

(1) Entendemos que es abusivo el pronun-

IV.

De las formas *mihī, nihīl*.

Es sabido que entre los latinos la *h* era simple nota de aspiración, y no sonaba en su pronunciación, como tampoco suena en la nuestra.

Sin embargo algunos han pretendido, que la *h* entre dos *i* debe pronunciarse como $Ch=K$, de modo que dicen *miki, nihil*. Esta pronunciación es abiertamente *bárbara*; su origen es el siguiente: la *H* según hemos dicho era entre los latinos simple nota de aspiración; pero cuando venía entre dos vocales tenía un valor especial, y era el de representar una nueva emisión de aire para pronunciar la segunda de las dos vocales con la debida separación de la primera, precisamente como pronunciaban los Galos y Germanos: La *h* latina debió sonar entre los últimos con aquella aspiración gutural fuerte que es propia de los idiomas de los Germanos, los cuales venían á confundirlo en su pronunciación con el sonido de su *ch*. La ignoran-

ciar la *t* como *c* en las formas sincopadas *petii* por *petivi*, *petieram* por *petiveram* etc. 1.º porque dicha vocal *i* es larga, si bien se abrevia en la forma sincopada por venir delante de otra vocal; 2.º porque la analogía de la pronunciación de las mismas formas no sincopadas y de todas las demás de este verbo se opone á dicha pronunciación. Hacemos simplemente esta indicación, para llamar sobre este punto de atención de las personas competentes.

cia de los amanuenses ó copistas, desconocedores del verdadero valor fónico propio de la *h* en la lengua latina, hizo que la representaran gráficamente tal como la oían pronunciar, y la pronunciarían erróneamente ellos mismos, y de aquí que escribieran *michi, nichil* por *mihī, nihīl*. De aquella falsa ortografía provino luego la singular y graciosa pronunciación del *michi=miki, nichil=nihil*, que todavía algunos aunque pocos, usan entre nosotros. Las formas *mī, nīl* muy frecuentes en lugar de *mihī* y *nihīl*, prueban bien claramente que en éstas no sonaba la *h*, y que era un simple signo de aspiración que se perdía de ordinario en el lenguaje popular, como puede observarse en Plauto.

V.

¿Satisfacit ó Satisfacit?

Con ocasión de recientes oposiciones celebradas para proveer una canongía de oficio en la Catedral de . . . , háse suscitado la cuestión sobre si debe pronunciarse *satisfacit* ó *satisfacit*. Sabemos que han intervenido en la discusión personas competentísimas, y ciertamente no tomara parte en ella el que escribe estas líneas, si á ello no hubiese sido invitado.

La ley tónica del latín establece como cánon general que toda palabra polisílaba, cuya penúltima sílaba tiene cantidad breve, debe acen-

tuarse en la antepenúltima, verbi y gracia: *hómīnes, pērgēre*; y que toda palabra que tenga larga la penúltima sílaba, deberá acentuarse en ella, v. g. *Románus audīmus*.

Esta ley rige invariablemente para las dicciones simples y para las compuestas con composición propias; sin embargo los gramáticos han cuestionado 1.º sobre si los vocativos contractos de los nombres en *ius* V. g. *Virgilī, Valerī, Mercurī* deben acentuarse en la penúltima *Virgilī* etc., conservando el acento en la sílaba en que lo lleva la forma no contracta *Virgilie* etc., ó si debe retrotraerse el acento á la primera sílaba conforme á la ley general tónica del latín, y pronunciar *Vīrgilī, Vālerī* etc. Enseñó esto último Nigidio, contemporáneo de Cicerón; pero el uso debió prevalecer posteriormente contra el precepto de Nigidio, cuando Aulo Gelio, del tiempo del Emperador Adriano, dice en sus Noches Aticas, lib. XIII, 25: *Si quis nunc Valerium appellans in casu vocandi, secundum praeceptum Nigidii acuerit primam, non aberit quin rideatur*. También el Gramático Prisciano después de decir que: *Juniores gaudentes brevitate per extremae syllabae abscissionem protulerunt pro Virgilie, Virgilī, et pro Mercurie, Mercurī; ut Horatius in primo carminum:*

Mercuri facunde, nepos Atlantis
Oda X.)

Nulli flebilior quam tibi, Virgili
(Oda XXIV.)

Añade: *Unde accentus perfecti vocativi in his servatur Si enim non esset abscissio debuerunt ejusmodi vocativi, qui in i desinentes penultimam correctam habent, antepenultimam acuere, ut Virgili, Mercuri, quod minime licet*. A esta opinión de Prisciano suscriben gramáticos eminentes, ya defiriendo á la autoridad de aquel gramático, ya principalmente cediendo al uso, entre los cuales se halla el P. Manuel Alvarez, en su tratado de Prosodia. Es verdad que algunos quieren seguir el precepto de Nigidio, prefiriendo, como dice Nebrija, *cum Nigido Figulo errare quam cum omnibus grammaticis verum dicere*. Pero con perdón de tan gran maestro, nos parece dar demasiado á la autoridad de Nigidio contra el uso que en estas materias tiene fuerza de ley, según aquel dicho de Ciceron: *in loquendo usum populo concessi, scientiam mihi reservavi*. Y que el uso ha prevalecido en lo de pronunciar acentuando la penúltima breve de estos vocativos lo prueban los testimonios aducidos de Aulo Gelio y Prisciano, y los de otros modernos entre ellos el P. Gretsero, (citado por Alvarez) el cual dice que el uso «ha tenido fuerza de trocar de breves en largas en nuestro siglo los Vocativos de estos nombres: *Valéri, Virgili, Ambrósi, Sulpici, Mercuri,*

Octidi, Gervási, Prothási,» (y *Gregóri*). Es de advertir que lo que dice el P. Gretsero de haberse convertido de breves en largas, ha de entenderse no de la cantidad sino del acento.

2.º Lo que acabamos de exponer respecto á las formas *Virgíli* etcétera, es como preliminar del punto concreto enunciado en el epígrafe de este párrafo V: ¿El verbo *satisfácere* debe pronunciarse en la segunda y tercera persona del singular del presente de indicativo *satisfácit* conforme á la ley tónica general de la lengua latina, ó debe pronunciarse *satisfácit* por una excepción análoga á la de los vocativos contractos arriba citados?

Prisciano enseña que en los compuestos de *facio* impropios, en los que *facio* se conserva inalterado como *calefácio*, *tepesácio*, *arefácio*, se conserva el acento en dichas formas en la misma sílaba en que lo lleva la primera persona; por tanto *calefácis*, *calefácit*. A Prisciano han seguido Vossio, y los más de los gramáticos según testimonio de Verrepeo. A pesar de esto, algunos como el Ferrariense, prefieren pronunciar *caléfacit* etc. conformándose con la ley general tónica: «*Ego vero dice el citado autor—quandiu necessitas manifestíssimae consuetudinis oppositum non evicerit, servabo Regulam antiquae latinitatis nec penúltimam brevem in hyperdisyllabis*

»*acuto accentu pronunciabo.*» (Parte 8, cap. II, app. IV, 2.º).

Ahora bien ¿á cuál de los dos pareceres hemos de atenernos?

El primero tiene á su favor mayor número de autoridades, y el uso más generalmente recibido. Además según testimonio de Prisciano, al que asiente Vossio, la pronunciación de dichas formas con acento agudo en la sílaba *fa* breve penúltima, era usada por los antiguos Romanos, de lo cual es prueba el uso que por algún tiempo estuvo vigente de pronunciar con acento circunflejo en la última sílaba las formas apocopadas *benefác*, *benedic*, *calefác* fundado en que debía conservarse el acento (análogamente á lo que dijimos de las formas *Virgíli* etc.), en la sílaba en que lo llevaban las formas enteras *benefáce*, *calefáce*, *benedice*, á lo cual se refiere la regla de nuestro Nebrija:

Dictio praeterea, si sit conscissa manebit

Integer accentus in eadem sede locoque.

V. C. B.

(*Se continuará*)

SECCION LOCAL.

Se hallan á punto de terminar las obras de la cimentación del edificio que se está construyendo en el Barrio de Benalúa, con destino á las Hermanitas de los Pobres.

Y á propósito de esto hemos oído que muchas personas se retraen de contribuir con sus limosnas á dicho objeto, porque suponen equivocadamente que las Hermanitas cuentan con los recursos necesarios para llevarlo á término. Debemos manifestar que no es así, que las Hermanitas no tienen más recursos que los que les proporcionan los donativos de las personas piadosas y caritativas, que es un error creer que han recibido fondos de la casa matriz de la institución para concluir el edificio. Deben, pues, las personas que tengan voluntad, contribuir con sus donativos, sino han de paralizarse las obras comenzadas. Las Hermanitas son pobres, y toda su riqueza está en su fé y confianza en Dios, que indudablemente hará que no les falten los recursos necesarios para dar cima á una obra tan útil y meritoria.

Hemos recibido la visita de *El Archivo*, Revista literaria semanal que ha comenzado á publicar en Denia el erudito Sacerdote D. Roque Chavás. El objeto de dicha Revista es recoger y publicar la historia escondida en nuestros archivos ó en manos de los aficionados, referente al Reino de Valencia y particularmente á la zona que formó la antigua Contestania, en la parte de acá del Júcar en las provincias actuales de Valencia y Alicante.

Saludamos afectuosamente al nue-

vo colega, y queda establecido el cambio.

El venerable Obispo de esta Diócesis protesta con energía verdaderamente cristiana, contra la alevemente muerte de su hermano en Cristo el señor Fernandez Izquierdo, y pide al Clero eleven sus oraciones al Altísimo por el sacrilego homicida, para que el señor le acuerde en su misericordia una gracia victoriosa mediante la cual, reconociendo la enormidad de su crimen y aceptando como expiación el fallo de la justicia humana, logre hacerse propicia á la divina.

CRONICA EXTRANJERA

Nuevos triunfos de la Encíclica «Immortale Dei.»

El Emperador de Austria ha dado orden de que el texto de dicha Encíclica sea conservado en la biblioteca de la familia imperial.

Pronto será traducida al árabe, al griego, al turco y al armenio. Ha circulado muchísimo fuera de Europa, y en el Oriente ha producido la mejor impresión, no solo entre los buenos de los varios ritos, sino entre los disidentes y cismáticos de varias comuniones. En Siria fué preciso repartir á estos muchos ejemplares según ha escrito á la Propaganda el Delegado apostólico de Beirut.

El bajá Wassá, gobernador general del Líbano ha escrito á dicho

prelado una carta muy expresiva en la cual entre otras cosas dice lo siguiente acerca del documento pontificio. «El Papa se muestra más santamente liberal que los fautores del derecho moderno; más suave y misericordioso que los filántropos de la moderna filosofía... Como católico me siento altivo de tener por Jefe de la religión un León XIII.»

—
Fruto del liberalismo masónico.

Horrible es el estado de todo Centro-América, minado por la francmasonería; Guatemala ha vuelto al poder de los barristas, que dominan al débil Barrillas, y aparecen ya de nuevo las tiranías y arbitrariedades de antaño. San Salvador sigue siempre la política de Guatemala, y su Presidente ha comenzado por ponerse en abierta lucha con el clero y dejarse inspirar por un tal Grimaldi, famoso por su fanatismo masónico y por su ódio al catolicismo. Nicaragua se halla despedazada por revoluciones intestinas en que de una parte está el elemento barrista y de otra los taimados oligarquistas, ó sea liberales moderados, famosos por la maña y arteria con que han perseguido á la Iglesia, salvando las apariencias.

Costa-Rica está entregada á un puñado de muchachos presumidos, ónicos insultadores de la fe del pueblo, que en vano ha intentado sacudirlos en más de una ocasión. Es increíble la precipitación con que esos mozalvetes improvisan leyes y ejecutan fechorias, que ojalá no pasen de ridículas. De repente se ven poseídos de pánico y se figuran que se les ha colado furtivamente algún jesuita (su eterna pesadilla), y re-

gistran casas y ponen presos y destituyen empleados y refuerzan los cuarteles, etc., etc.

Por los frutos se conoce el árbol.

—
El divorcio y el suicidio en Suiza.

El divorcio, esta horrible plaga social, crece y se propaga espantosamente en Suiza. En 1881, hubo 102 demandas de divorcio más que en 1880, y 949 divorcios, ó sea 89 más que el año anterior.

Uri, Obwald, Nidwald, Appenzell, Valais, Tessino cuentan muy pocos divorcios; en los cantones de Turgovia, Ginebra y Zurich, es donde los divorcios son más numerosos. Los matrimonios mixtos son los que dan lugar á mayor número de divorcios; en los matrimonios entre esposos católicos son muy raros.

En Berlín se divorcian el 5 por 100 de los matrimonios, y casi la misma cifra en Suiza.

Hace poco se ha publicado una estadística de los suicidios ocurridos últimamente en Suiza, y de ella resulta que en los cantones católicos, ó no se conoce esta plaga, ó apenas se conoce. En cambio, en los cantones protestantes se suicida al año el 6 por 100 de la población y aun más en Vevey y Suleura.

Hé aquí una estadística que deben tener presente siempre los hombres que se dedican á la tarea de descristianizar las sociedades.

—
En Lille se inauguró poco há un círculo católico de los estudiantes de aquella Universidad católica. Cincuenta alumnos representaban á la Universidad de Lovaina. También asistió á los festejos, que duraron dos días, una diputación del Institu-

to católico de París y de las Universidades católicas de Gante, Bruselas y Lieja.

VARIEDADES

LA MALEDICENCIA.

IV

(Continuación.)

La condesa se levantó de un salto como si le hubiese pinchado una aguja clavada en la silla, y salió al encuentro de la nueva tertuliana, diciendo cariñosamente:

—¡Gracias á Dios que pareció la perdida!... Si hubiera periódicos en esta población, te hubiésemos anunciado en la sección de pérdidas...

Y cogiendo ambas manos á la duquesa; le dió un beso tan sonoro y tan traidor como el de Judas Iscariote.

—Pues ya me tienes aquí sin necesidad de que pagues el hallazgo, replicó la duquesa.

—Y en vez de sacarle los ojos, le devolvió su beso con igual cariño.

—¿Pero dónde has estado metida cinco días con cinco noches?...

La duquesa entornó los párpados, ladeó la cabeza, y apoyando la barba en el extremo del abanico, dijo con misteriosa sonrisa:

—¡Hija mia... altos negocios de estado!...

—¡Ah, pícara carlista! gritó la otra. ¡Tú conspiras de firme!...

Calla y no me denuncies!... que el general va á prenderme, replicó la duquesa, enviando á éste con el abanico un amistoso saludo.

Y cambiando acá y allá esas delicadas frases con que las veteranas del gran mundo lo dicen todo, lo disimulan todo, ó hablan mucho sin decir nada, se acercó la duquesa á las mesas de tresillo, y ocupó en ella su sitio de siempre.

—¿Qué tal ha administrado usted mis intereses durante mi ausencia, D. Lorenzo? preguntó al sentarse á un caballero gordo y peludo que jugaba gravemente.

—Estamos en alza, duquesa, replicó D. Lorenzo presentándole los naipes. Si es cierto que usted conspira, ya podremos hacer á los carlistas un empréstito... al diez por ciento.

—¿Al diez por ciento? ¡Jesús!... Ni que fuera usted Samuel Leví, el tesorero del rey D. Pedro... En tal caso les haríamos un donativo. ¿No es verdad, general?...

—Haré la vista gorda, duquesa, contestó el veterano. Lo sabré como caballero y lo ignoraré como rey, que dijo el gran Carlos V.

—¡Cuidado, general, que le cojo á usted la palabra! replicó la duquesa ordenando sus naipes.

Y sin tomar parte más en la conversación, pareció atender exclusi-

vamente al juego con grande impaciencia del general, que menos astuto que la dama no comprendía su táctica. Seguía ella el prudente dicho de Bacon, *no alas, sino plomo*, y para dar mayor vigor á la defensa esperaba el ataque, que no tardó mucho en presentarse. Una señora seca y tiesa como una escoba se habia encargado de ello: dió un codazo á su vecina, como quien dice: — ¡*allá voy!*—y aprovechando un momento de silencio para hacer mas cruel la puñalada, dijo con voz melosa, echándose lánguijamente fresco con el abanico:

—Duquesa... ¿Tienes noticias de Pilarita?...

Media hora hacia que esperaba la duquesa el golpe, y sin embargo, una ficha de marfil se rompió entre sus dedos al recibirlo, y un relámpago de ira brilló un momento en sus ojos. ¡Tanto veneno traía entre sus sencillas palabras aquella melosa pregunta!... Volvióse en el acto con los naipes en la mano, y miró cara á cara á la turba, que cuchicheando irónicamente esperaba su respuesta.

—¿Cómo quieres que esté la pobre? contestó al fin con esa expresión triste y grave que infunde siempre un recuerdo doloroso... Sin separarse un momento de la cabecera de Dieguito... Anoche por primera vez en tres dias pude hacerle dormir dos horas...

Abriéronse todas las bocas y enarcaróse todas las cejas al oír aquella salida inesperada, y la dama que habia hablado preguntó llena de estupor:

—¿Pero está Pilar en tu casa?...

La duquesa pareció reflexionar un momento y contestó al fin con firmeza:

¡Si! .. Hace cinco dias que la tengo allí escondida con su marido.

Y dirigiéndose á la condesa, que participaba del general asombro, añadió con triste sonrisa:

—Estos son los *altos secretos de Estado* que te explicarán mi ausencia.

La curiosidad, esa terrible picazón del entendimiento, se apoderó de tal manera del auditorio, que hubiérase podido oír al aleteo de un mosquito. Nadie estaba dispuesto á creer á la duquesa, porque iba á defender un ausente y á combatir una calumnia; pero esperaban mucho de su habilidad y su talento, é inspiraba lo que iba á decir el interés que inspira en dia de crisis el discurso del ministro encargado de hacer frente á las interpelaciones peligrosas que amenazan al Gabinete. Harto conocia por su parte la duquesa el terreno que pisaba: armóse, pues, de la astucia de la serpiente, porque era hábil, y sin abandonar la sencillez de la paloma, porque era piadosa, refirió con esa ingenua sencillez que brilla siempre en

la verdad como un reflejo del cielo, la siguiente historia, en que con maestría consumada iba midiendo las palabras y calculando los efectos.

Al frente de su batallón había rechazado Diego de Quiñones las tropas republicanas que ocupaban las alturas de Talayamendi. Diego se batía como un león, rugiendo con esos gritos sobrenaturales, superiores al aparato eufónico del hombre, que arranca el combate á la ira, al furor, á la venganza, al espanto, al vértigo que causa la sangre que corre y la pólvora que humea... Incautamente se alejó de lo suyos, internándose hácia el caserío de Azcoeta, en la parte del monte comprendida todavía en la zona republicana. De repente se encontró rodeado de enemigos, sólo con Chomin, su hermano de leche, el hijo de Pachica, que era también su asistente. Un barranco se abría á sus espaldas, y hácia allí se replegaron ambos, dejándose caer de improviso hasta el fondo, y ocultándose entre las espesas matas que lo cubrían. Desorientados los enemigos comenzaron á retirarse; y Diego se levantó entonces ileso: Chomin tenía rota la pierna izquierda. El coronel no vaciló un instante: cargóse á la espalda al asistente, y comenzó á correr ocultándose tras árboles y matas, en dirección del caserío de Azcoeta, que á un cuarto de hora

escaso se ocultaba en el bosque. Una descarga sonó de repente al otro lado del barranco, y ambos rodaron por el suelo: muerto el asistente, sin sentido el coronel, por un balazo en el pecho.

Cuando Diego volvió en sí encontróse en el caserío de Azcoeta, adonde algunos de los suyos le habían conducido. A su lado estaba Pachica, su nodriza, que sin derramar una lágrima le curaba la herida. Las primeras palabras de Diego fueron para saber de Chomin, — ¡*Junacjun...* *Diegochu!* le contestó Pachica con entereza. Y jamás volvió á hablar de su hijo.

(Se continuará)

LA PAZ.

(DE ENRIQUE HEINE)

Cercado de nubes blancas
el sol en el cénit brilla,
y yo recostado en tanto
contemplo la mar tranquila.
Cerca estoy del gobernalle;
divaga mi fantasía,
y entre mis sueños confusos
y mis confusas vigiliás,
de Jesucristo la imágen
aparece ante mi vista.
De blanca y flotante tela
la imágen veo vestida:
es grande como un gigante
y silencioso camina
sobre la fecunda tierra
y sobre la mar tranquila;
toca su cabeza al cielo;

con sus manos extendidas
bendice tierras y mares,
y cual corazon que brilla,
dentro de su pecho lleva
el sol, que al mundo ilumina;
y este corazon ardiente,
hogar de amor y de vida,
derrama de sus fulgores
la luz brillante y purísima
sobre la fecunda tierra
y sobre la mar tranquila.

Ecós hacia todos lados
de campanas que repican,
atraen con voz alegre
y sonora nuestra quilla
que llega á una verde costa
solitaria y escondida
donde los humanos viven
en una ciudad magnífica.

¡De la paz milagro! ¡Cómo
la ciudad duerme tranquila!
El rumor de los oficios,
la charla descomedida
de los negocios humanos
en el espacio no vibran;
todo es quietud, y en las calles
luminosas y tranquilas,
hombres vestidos de blanco
llevando palmas caminan;
y á tiempo que dos de ellos
en su marcha se divisan,
con aire de inteligencia
se contemplan y se miran,
y de amor en un exceso,
en un trasporte de dicha,
se abrazan; y al claro cielo
alzan la mirada límpida,
hácia el corazon ardiente
del Salvador, que los mira.
Corazon que es el sol claro,
que vierte con alegría
la deslumbrante y preciada
púrpura de su purísima

reconciliadora sangre
sobre la tierra dormida,
y por tres veces exclaman
en un trasporte de dicha:
—«¡Bendito seas, oh Cristo,
sea tu piedad bendita!»

Trad. de José J. Herrero.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las siete y media, misa de renovacion, y á las nueve la conventual.

En Santa María, á las ocho y media misa de renovacion.

En Ntra. Sra. del Carmen á las seis y media de la mañana misa cantada á la Virgen, y por la noche á las siete el ejercicio del mes de María con plática todos los dias por el Sr. Canónigo Mirete.

Domingo.—En San Nicolás, á las nueve misa conventual.

En Santa María, á las ocho y media tercia y misa conventual.

En Ntra. Sra. del Carmen á las once de la mañana misa rezada y esplicacion del Catecismo á los niños de ambos sexos por el Sr. Mirete. Por la tarde el mes de María á las seis, por ser dia festivo.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete de la mañana, misa de renovacion y bendicion del Santísimo concluida la misa. Por la tarde el Santo Trisagio á las cuatro con manifiesto y reserva.

En las demás iglesias los oficios de costumbre.

ALICANTE.—1886.

Imprenta de Antonio Seva